

**Seguridad ciudadana,
¿espejismo o realidad?**

Fernando Carrión, editor

Seguridad ciudadana, ¿espejismo o realidad?



SEDE ACADÉMICA DE ECUADOR



OPS / OMS

© De la presente edición:
FLACSO, Sede Ecuador
Páez N19-26 y Patria, Quito – Ecuador
Telf.: (593-2) 2232030
Fax: (593-2) 2566139
www.flacso.org.ec

OPS/OMS
Amazonas 2889 y La Granja
Edificio Naciones Unidas, 9. piso
Telf.: (593-2) 2460330
Fax: (593-2) 2460325
www.paho.org

ISBN: 9978-67-069-6
Coordinación editorial: Alicia Torres
Cuidado de la edición: Jesús Pérez de Ciriza
Diseño de portada y páginas interiores: Antonio Mena
Imprenta: RISPERSGRAF
Quito, Ecuador, 2002
1ª. edición: junio, 2002

Índice

Presentación	9
La violencia en América Latina	
De la violencia urbana a la convivencia ciudadana	13
<i>Fernando Carrión</i>	
La violencia en América Latina y el Caribe	59
<i>Mayra Buvinic, Andrew Morrison, Michael Shifter</i>	
Seguridad ciudadana y violencia en América Latina	109
<i>Irma Arriagada</i>	
La violencia por países	
Seguridad pública y percepción ciudadana	
Estudio de caso en quince colonias del Distrito Federal	141
<i>Benjamín Méndez Bahena, Juan Carlos Hernández Esquivel, Georgina Isunza Vizuet</i>	
Estabilidad social y seguridad ciudadana en Centroamérica	167
<i>Laura Chinchilla M.</i>	
Nuevas dimensiones de la seguridad ciudadana en Nicaragua	189
<i>Elvira Cuadra Lira</i>	
Violencia y actitudes de apoyo a la violencia en Caracas	205
<i>Roberto Briceño-León, Alberto Camardiel y Olga Avila</i>	
Diagnóstico sobre seguridad ciudadana en el Ecuador	235
<i>Edison Palomeque Vallejo</i>	

Santiago, violencia y seguridad ciudadana	259
<i>Enrique Oviedo</i>	
La inseguridad urbana en Argentina	
Diagnóstico y perspectivas	283
<i>Lucía Dammert</i>	
Exclusão Territorial e Violência	
O Caso do Estado de São Paulo	317
<i>Raquel Robnik</i>	
Violencia homicida y estructuras criminales en Bogotá	343
<i>María Victoria Llorente, Rodolfo Escobedo, Camilo Echandía y Mauricio Rubio</i>	
Violencia por actores	
Violencia en la familia y transmisión de pautas de comportamiento social	379
<i>Soledad Larrain H.</i>	
Imágenes e imaginarios de la conflictividad juvenil y las organizaciones pandilleras	399
<i>Mauro Cerbino</i>	
Ser mujer, un factor de riesgo	435
<i>Miriam Ernst</i>	
Estrategias de seguridad ciudadana	
Seguridad y convivencia en Bogotá: logros y retos 1995-2001	451
<i>Hugo Acero</i>	
Seguridad ciudadana en Chile: Los desafíos de la participación y la modernización para una política pública	475
<i>Jorge Burgos V. y Patricio Tudela P. (Ph. D.)</i>	
Salud, violencia e inseguridad	503
<i>Alberto Concha Eastman, MD, MSc</i>	

Violencia y actitudes de apoyo a la violencia en Caracas^{1,2}

Roberto Briceño-León., Alberto Camardiel y Olga Ávila*

Resumen

La creciente violencia en Venezuela ha hecho que ésta se convierta en un tema de primera importancia. El presente artículo introduce las características de la violencia en Venezuela a partir de 1989, año en que el problema se vuelve más evidente, para desde allí analizar un síntoma que pudiera ser tan o más peligroso que la violencia inicial: las actitudes de apoyo a la violencia. Basado en un estudio llevado a cabo en el área metropolitana de Caracas, este trabajo procura explicar las actitudes de apoyo a la violencia que existen en la capital venezolana. La hipótesis general sobre la cual se trabajó es que las actitudes violentas que muestra la población de Caracas se relacionan con la victimización vivida o presenciada y la poca creencia en la eficacia de las instituciones de policía y justicia.

Términos Claves: victimización, actitudes, apoyo, violencia, policía, justicia.

1 Esta investigación recibió el apoyo financiero del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (Conicit) a través de su agenda de violencia urbana, y forma parte de una investigación multicéntrica sobre Normas y Actitudes hacia la Violencia, Proyecto Activa, realizada en ocho ciudades de América Latina y España, promovida y organizada por la Organización Panamericana de la Salud.

2 Artículo tomado de *Fermentum*, Revista venezolana de Sociología y Antropología; Universidad de Los Andes. Año 9, No. 26, septiembre-diciembre, 1999.

* Investigadores del Laboratorio de Ciencias Sociales LACSO, Apartado. 47 795, Caracas 1041-A. Email: lacso@reacciu.ve

Introducción

En los últimos años la violencia se ha convertido en un hecho de primera importancia en Venezuela. Hasta hace poco tiempo, los estudios sobre violencia en el país hacían referencia fundamental a la violencia política: la relacionada con la guerrilla de inicios de los años sesenta, o con la represión del gobierno durante este período de subversión política armada o en los años subsiguientes, en los cuales se seguía manteniendo la tesis marxista de la violencia como partera de la historia y de la violencia como arma legítima de los pobres en su lucha de clases contra los ricos. Algunos estudios muestran inclusive una doble calificación sobre la violencia, siendo ésta mala cuando la hacía el gobierno, pero buena cuando la ejecutaban los revolucionarios (Blanco Muñoz, 1976a, 1976b). O al contrario, cuando quien escribía era un representante del gobierno. La violencia era apenas un medio que se legitimaba o no dependiendo del acuerdo ideológico con los fines que la animaban.

En Venezuela, sin embargo, la violencia política de este siglo nunca fue mucha ni de muy larga duración. Ésta no ha sido un arma importante en la lucha política ni económica en el país, ha existido, pero está lejos de tener la relevancia que tiene en otras sociedades tan próximas como la colombiana. Las circunstancias especiales de ser Venezuela un país exportador de petróleo, con altos ingresos que llegan al gobierno central pues la riqueza petrolera pertenece a la república y no a los particulares, ha permitido un control social muy especial a través de los mecanismos de distribución de la renta petrolera. La guerra contra el movimiento guerrillero la ganó el gobierno con fuertes inversiones sociales que permitieron la reforma agraria, una amplia acción sanitaria en el campo (primero en las campañas de saneamiento rural y luego con la instalación de ambulatorios), con la construcción de viviendas para campesinos y un audaz programa de educación rural. Las armas del ejército cumplieron un papel menor comparado con la fuerte acción de cambio social que se impulsó con el financiamiento de la renta petrolera. Si bien sus bases eran endebles, el país tuvo por años una sensación permanente de mejoría y los problemas de criminalidad y violencia eran atribuidos más a los costos necesarios que acompañan al desarrollo y la riqueza que a una dificultad en sí misma (Briceño-León, 1990).

Esta situación de mejoría creciente fundada en el incremento de los ingresos petroleros comenzó a declinar a partir de 1979, año en el cual Venezuela obtuvo el mayor ingreso por la venta del petróleo y el mayor ingreso per cápita de este siglo. Desde entonces y hasta la actualidad ha habido una caída sostenida del salario real que lo coloca en niveles similares a los que tenía el país en los años cincuenta (Baptista, 1997). En 1989, diez años después de iniciarse la caída del salario real, se da la revuelta popular más importante que había tenido el país desde 1958, cuando se derrocó la dictadura militar; pero esta vez no era política ni estaba organizada. Al contrario, fue espontánea y tenía motivaciones económicas; el saqueo y no las consignas ideológicas fue lo que destacó en los días finales de febrero de 1989 que conmocionaron al país.

1989 marca también el cambio de la situación de violencia en Venezuela: se duplican las tasas de homicidio. En un primer momento uno puede explicar este salto por las varias centenas de fallecidos en esos días, sin embargo, la tasa disminuye en 1990, pero luego aumenta fuertemente sin que existiera ninguna revuelta ni conflicto declarado. Aumenta la violencia en la cotidianidad de todo el país, pero sobre todo de Caracas, pues así como es allí donde se ha concentrado la distribución de la renta petrolera, donde han existido los niveles de ingresos más altos y las mejores expectativas de riqueza y confort, también son mayores y más evidentes los signos de desigualdad, y la frustración por la expectativa insatisfecha es mayor. Cinco rasgos fundamentales podemos distinguir en la violencia actual en Venezuela: es reciente, es urbana, es de los jóvenes, es de los hombres y es de los pobres.

La violencia en Venezuela es un fenómeno reciente

La tasa de homicidios de Venezuela se había mantenido entre 8 y 12 homicidios por cada 100 mil habitantes durante varias décadas, una tasa similar a la que ha presentado por mucho tiempo EEUU y relativamente baja con relación a la que ha tenido Colombia en los últimos cincuenta años. Esta tasa, que se mantuvo estable durante los periodos correspondientes a 1975-1979, 1980-1984 y 1985-1989 oscilando entre ocho y doce homicidios por cada cien mil habitantes, aumenta notablemente en el periodo 1990-

1994, cuando alcanza los 22 homicidios por cada 100 mil habitantes. Cuando uno observa en detalle la cifras por años, encuentra que la tasa de homicidios dio un salto importante en 1989. Es posible interpretar que este aumento se debió a las muertes ocurridas en la revuelta popular de febrero de 1989, conocida como el “Caracazo”, los cuales sumaron más de quinientos en pocos días y que fueron hombres, jóvenes y venezolanos los que perecieron (Briceño-León, 1990b). Pero, lo singular del proceso es que si bien la tasa descendió en el año siguiente, luego vuelve a aumentar y así se mantiene, con ligeros cambios, hasta el presente.

La violencia es urbana

La violencia en Venezuela está concentrada en las zonas urbanas y en los estados más ricos del país. La violencia no tiene una incidencia importante en los estados pobres como Trujillo, Apure, Amazonas o el Delta, sino que se concentra en la región centro norte costera. En un primer momento fue un fenómeno propiamente de Caracas, pero, luego se ha extendido hacia los estados limítrofes de Aragua, Miranda y Carabobo; disminuyendo, inclusive, la proporción de homicidios en Caracas en beneficio del aumento que sufren estas tres entidades cercanas a Caracas.

La tasa de homicidios aumentó en el país en su conjunto, pero si uno discrimina entre los crímenes cometidos en la región capital y el resto del país se observa que hay una diferencia importante y que tiende a aumentar esta brecha (Pérez Perdomo, Malpica y González, 1997).

En 1986 el promedio de homicidios diarios en el país era de 4,1 y de 0,91 en Caracas. Diez años después aumentaron más de tres veces para todo el país, con un promedio diario de 13,5; y más de cinco veces en la ciudad capital, para un promedio diario de 5,2 homicidios.

La violencia es de los jóvenes

La caracterización por edad de las víctimas por homicidio en Caracas evidencia que el 53,5% está en edades comprendidas entre 15 y 24 años, siendo el grupo más afectado el de 20 a 24 años cuyo porcentaje alcanza el

27,8%. Ello indica, en líneas generales, que son los jóvenes los más afectados por la violencia en la ciudad, considerando que el 84% del total de homicidios ocurridos en Caracas entre 1992 y 1996 fueron contra personas menores de 35 años (Sanjuán, 1996).

Si se comparan los grupos de edad de menos de 29 años y los de mayores de 29 años encontramos que el primer grupo tiene 2,7 más probabilidad de ser víctima de un homicidio que los segundos. La tasa de homicidios en los jóvenes de Caracas supera entre dos y tres veces a la de la ciudad en su conjunto, y entre seis y siete veces a la del país. Esto, a pesar de que la tasa de homicidios por cada 100 mil habitantes ha descendido levemente en 1996 y 1997 para colocarse en un promedio similar a los de los inicios de la década de los noventa. El valor más alto se alcanzó en 1994, con una tasa de 469 homicidios por cada 100000 habitantes en el grupo entre 15 y 24 años de edad (Briceño-León, 1998).

La violencia es de los hombres

Datos recientes obtenidos en la ciudad en una investigación basada en protocolos de autopsias realizados entre 1992 y 1996 (Sanjuán, 1997) indican que los hombres son potencialmente más víctimas de homicidios que las mujeres, siendo la relación porcentual de 95% a 5% entre hombres y mujeres respectivamente. Otro estudio (Briceño-León et al., 1998) revela resultados similares dado que de 13.565 pacientes atendidos entre 1990 y 1995 en un centro asistencial ubicado en El Llanito, al este de la ciudad de Caracas, el 95% eran hombres. En el caso de las lesiones, aunque las diferencias porcentuales son menores, la tendencia de victimización de hombres sobre mujeres se mantiene, sea por lesiones intencionales no fatales, golpes y heridas por arma blanca (Briceño-León, 1998).

La violencia es de los pobres

Un estudio realizado por la División de Medicina Legal de la PTJ relacionado con el lugar donde se producen los hechos violentos de la ciudad (El Nacional, 1998), revela en un análisis realizado por parroquias que para el

año 1997 casi la mitad de la violencia ocurre en los barrios pobres del oeste de la ciudad, y casi la otra mitad en los barrios pobres del este. Asimismo, se encontró que más del 95% de los homicidios en Caracas ocurre en las zonas pobres de la ciudad. No obstante, que el “parte de guerra” que reporta los muertos de los fines de semana puede referirse a personas de barrios pobres, o de las urbanizaciones o zonas residenciales de la clase media y alta, el grueso de las víctimas son pobres.

La idea de que era una violencia de pobres contra ricos que por un momento dieron los medios de comunicación, por su manera desigual de manejar la noticia de acuerdo al estrato social de la víctima (Cisneros y Zubillaga, 1997:71-97), resultó ser completamente errónea; es fundamentalmente una violencia de pobres contra pobres. Los pobres son las principales víctimas de la violencia de Caracas.

Las actitudes violentas

La violencia que la población ha sufrido personalmente o ha observado, ha generado adicionalmente unas actitudes de apoyo a la violencia que tienden a perpetuarla en lugar de interrumpirla. Las actitudes de apoyo hacia la violencia son mucho más altas en Caracas que en las otras ciudades participantes en este estudio. ¿Cómo explicar entonces esas actitudes hacia la violencia?

Las actitudes son aprendidas socialmente, dependen de las experiencias de las personas y de lo que pueden aprender vicariamente de las experiencias de otros (Bandura, 1986:570; McAlister, 1987:42-57). Las personas que han sufrido victimización tienden a tener una actitud de apoyo a las respuestas violentas hacia la violencia significativamente distintas de quienes no han sido víctimas. Pero la cercanía de la violencia no se siente solamente cuando uno es víctima directo de la misma, la victimización puede ser de un desconocido, pero la observación de estas experiencias pueden tener un impacto importante en las actitudes de los individuos y que los haría distintos de quienes no las han presenciado.

La victimización, propia o ajena, produce temor en la población. Unas veces el temor es proporcional al riesgo en que los individuos se encuentran, otras no. Pero la percepción que los individuos tengan pautará sus actitudes

y su comportamiento con independencia de la veracidad o proporcionalidad de la fuente del temor (Ferraro, 1995).

Por último, en un contexto de victimización y temor, la creencia en la eficacia de las instituciones de policía o justicia ofrecen una salida legal y no violenta a la situación de inseguridad. Si la persona cree que dichas instituciones funcionan adecuadamente tenderán a tener menos actitudes de apoyo a la violencia que si piensan que no sirven para cumplir su cometido, es decir, reducir el riesgo de la victimización o castigar a los infractores. En este caso, tenderán a mostrar actitudes de apoyo a las acciones violentas como respuesta a la violencia.

Las actitudes hacia la violencia cambian entonces como resultado de las experiencias observadas o sufridas de victimización, al temor que como consecuencia de la victimización misma que tengan las personas, y de su creencia en la eficacia de las instituciones de policía y justicia.

Este trabajo procura explicar las actitudes de apoyo a la violencia que existen en Caracas. La hipótesis general sobre la cual trabajamos es que las actitudes violentas que muestra la población de Caracas se relacionan con la victimización sufrida por la población, los temores que se han desarrollado como producto de la victimización vivida o presenciada y la poca creencia en la eficacia de las instituciones de policía y justicia.

Metodología

Diseño, población y muestra

El estudio que da pie a este trabajo se llevó a cabo en el área metropolitana de Caracas (AMC), la cual incluye una parte del Distrito Federal y otra del estado Miranda, abarcando cuatro municipios y veinticinco parroquias. Se excluyeron dos parroquias del estudio por ser mayoritariamente rurales. La población objetivo estimada para el 15 de agosto de 1996 alcanzaba la cantidad de 1.946.914 personas.

El marco de muestreo utilizado para la selección de la muestra estuvo constituido por los segmentos censales que conforman la Muestra Maestra de Viviendas de Venezuela en el AMC y que mantiene la Oficina Central de Estadística e Informática (OCEI) del gobierno venezolano. Un segmento es una agrupación de aproximadamente 200 viviendas en el medio urba-

no. Este marco quedó formado por 6.529 segmentos a nivel nacional. La selección de segmentos para la muestra maestra se realizó de manera sistemática con Probabilidad Proporcional al Tamaño de los segmentos. El marco de muestreo empleado contenía la ubicación geográfica de cada segmento. De los 160 segmentos seleccionados para la muestra del proyecto, 130 fueron actualizados entre junio y julio de 1996 para los propósitos de esta investigación y los 30 segmentos restantes habían sido actualizados en 1994.

Para lograr acceso a esta población se diseñó una muestra de 1.560 hogares que contempló un margen de no respuesta y no cobertura del 30%. El tamaño efectivo que se deseaba obtener era de 1.200 hogares, con el cual se aseguraba la capacidad de obtener intervalos confidenciales para estimar proporciones poblacionales con error máximo admisible del 5% y nivel de confianza del 95%. Este cálculo tomó en cuenta un efecto de diseño global que para muestras por conglomerados es mayor que 1. El comportamiento de los efectos de diseño es muy diverso y depende de los estadísticos y de las variables para los que se calculan, de si se consideran comparaciones y de si éstas se calculan para dominios o subclases. Verma y Lê (1996) reportan resultados de un extenso análisis de errores de muestreo en encuestas demográficas y de salud llevadas a cabo en 48 países. En promedio el efecto de diseño para encuestas resultó igual a 1,49 con un coeficiente de variación de 0,17. Consideramos estos valores como una referencia para la justificación del tamaño de la muestra adoptado con un efecto de diseño igual a 3 que resulta mayor que $(1,49+0,17)2$.

El muestreo utilizado fue probabilístico, del tipo bifásico y tetraetápico, estratificado y por conglomerados en la segunda fase. En la primera fase, se seleccionaron segmentos con Probabilidad Proporcional al Número de Viviendas (PPS-J) en el censo. En la segunda fase, se seleccionaron de nuevo en una primera etapa, segmentos con PPS-V. En una segunda etapa, áreas de aproximadamente 50 viviendas con PPS-V, en la tercera etapa, viviendas dentro de cada área con probabilidad igual y, finalmente, se escogió un informante calificado en cada hogar, seleccionado también con probabilidad igual dentro del hogar.

El procedimiento empleado para la selección aleatoria del informante dentro de cada hogar fue el Método Politz (Carmines y Zeller, 1979). Siguiendo las pautas del método se imprimió en cada cuestionario un patrón de marcas preparado en oficina que prescribía cual miembro del hogar que-

daría seleccionado entre los integrantes calificados del mismo. A tal efecto una vez que el encuestador lograba acceso al hogar, se procedía a listar primero las mujeres y luego los hombres en orden ascendente de edad (sólo aquellos entre 18 y 70 años). La confrontación del patrón de marcas impreso en cada cuestionario con el listado de personas elaborado por el entrevistador permitía la selección del miembro cuyo nombre coincidiera con la marca más próxima al final de la lista. Este esquema de selección permitió la selección de un informante con probabilidad $1/r$ para cada persona en un hogar con r integrantes. Las entrevistas eran realizadas personalmente en el hogar a los individuos seleccionados; en el caso de personas con dificultades de ubicación en los hogares, fueron localizados y entrevistados en sus sitios de trabajo. Se estableció la obligación de realizar, si fuera necesario, hasta tres visitas por vivienda, incluyendo días de semana y fines de semana, antes de considerarla como entrevista perdida. El porcentaje de no respuesta global fue de 18%.

La muestra quedó conformada finalmente por 1.297 hogares. Su distribución por edad y sexo se presenta en el cuadro 1. Esta distribución difiere de la correspondiente para el AMC y en consecuencia se ajustaron los datos mediante postestratificación, para conformar el comportamiento de la muestra con el de la distribución de la población por edad y sexo del AMC para el 15 de agosto de 1996. Adicionalmente se emplearon tanto pesos que tomaron en cuenta las distintas probabilidades de selección en cada una de las fases y de las etapas consideradas, como pesos para ajustar la no respuesta.

La construcción de las variables

El instrumento de recolección de datos empleado en el AMC fue básicamente el diseñado por el equipo de investigadores del proyecto Activa, una investigación multicéntrica realizada en ocho ciudades de las Américas y España sobre normas y actitudes hacia la violencia, con adaptación del fraseo al habla local. El instrumento fue probado dos veces en el AMC, en marzo y abril de 1996 respectivamente.

Las variables usadas en este artículo, construidas a partir del instrumento de recolección de datos de la investigación multicéntrica ya mencio-

Cuadro 1
Distribución de la muestra y de la población del Área Metropolitana de Caracas al 15-09-96

Edad	Valores absolutos						Porcentajes %					
	Muestra 1			Población 2			Muestra 1			Población2		
	Femenino	Masculino	Total	Femenino	Masculino	Total	Femenino	Masculino	Total	Femenino	Masculino	Total
18-19	55	41	96	59186	58018	117204	4	3	7	3	3	6
20-29	187	157	344	288143	284054	572197	14	12	27	15	15	29
30-39	206	131	337	252320	241222	493542	16	10	26	13	12	25
40-49	170	81	251	196249	183010	379258	13	6	19	10	9	19
50-59	99	53	152	120514	109611	230125	8	4	12	6	6	12
60-70	74	43	117	82938	71646	154585	6	3	9	4	4	8
Total	791	506	1297	999349	947562	1946911	61	39	100	51	49	100

Fuente: ¹LACSO proyacto CONICIT N° 95000720

²Oficina Central de Estadística e Informática

nada, fueron: victimización reportada, victimización presenciada, temor, creencia en las instituciones de seguridad y actitudes violentas hacia la violencia.

Victimización reportada: Para la creación de esta variable se tomaron en cuenta los apartados relativos a victimización sufrida en los últimos doce meses por robo a mano armada, extorsión policial, amenazas de cambio de residencia, violencia física corporal, violencia física corporal policial, violencia física por armas blancas y violencia física por arma de fuego. Se evaluó la confiabilidad de la escala sumativa que podría construirse con todos los apartados y se seleccionaron aquellos que articulaban mejor en el constructo de victimización reportada.

Para tomar en cuenta la gravedad de cada experiencia de victimización (Cruz, 1998) se construyó una escala ponderada con pesos para cada uno de los hechos de victimización, considerada inversamente proporcional a la frecuencia de los mismos. En este sistema de ponderaciones, el delito más frecuente (robo a mano armada) recibió el valor 1, y al menos frecuente (herido por arma de fuego) se le adjudicó el mayor peso, a saber 47. La escala resultante presentó valores desde 0 en el caso de ninguna victimización hasta 154,50 para un individuo que fue robado tres veces, extorsionado por no policías una vez, maltratado por la policía una vez, herido con arma blanca dos veces y herido con arma de fuego una vez. Esta escala se recodificó en cuatro categorías: no victimización (valor 0), victimización leve (valores de 1 a 3), victimización moderada (valores de 3,1 a 20) y victimización intensa (valores de 20,1 a 155).

Victimización presenciada: Esta variable se elaboró siguiendo una metodología análoga a la victimización reportada, pero tomando como variables base la victimización observada de robo a mano armada, causar heridas por arma blanca, causar heridas por arma de fuego y haber perdido un pariente por homicidio. La escala resultante presentó valores desde 0 para la no presencia de victimización hasta la presencia de victimización intensa con un valor máximo de 31,96. Esta variable finalmente se categorizó en: no presencia de victimización (valor 0); presencia de victimización leve (valores de 1 a 3); presencia de victimización moderada (valores de 3,4 a 14,3) y presencia de victimización intensa (valores de 14,5 a 32).

Creencia en las instituciones: Para la construcción de esta variable los apartados considerados fueron: calificación de la eficiencia que los entrevi-

tados le dan a cada una de las cuatro policías que actúan en Caracas - esto es, Policía Metropolitana, Policía Técnica Judicial, Disip y Policía Municipal -, la Guardia Nacional y las tres instancias del sistema judicial: los Juzgados (jueces), el Sistema Penitenciario (prisiones) y la Fiscalía. La confiabilidad de esta escala medida por el de Cronbach resultó en 0,78 (Deming, 1960). El menor valor observado fue de 1 punto y el mayor, de 36 puntos. Esta variable se categorizó en cinco grupos para evaluar el comportamiento de la escala de actitudes de apoyo a la violencia. El primer grupo se construyó considerando los valores menores que 12; el segundo grupo, los valores comprendidos entre 13 y 20 puntos; el tercer grupo, valores entre 21 y 28 puntos; el cuarto grupo, valores entre 29 y 36 y finalmente el quinto grupo reunió todos los valores mayores o iguales a 37 puntos. Los distintos grupos se identificaron en términos de una evaluación muy mala, mala, regular, buena y muy buena, respectivamente.

Temor: Los apartados considerados para la elaboración de la escala sumativa correspondiente a esta variable fueron: temor de ser atacado en la casa; en las calles de la comunidad; de noche solo en la comunidad; de noche con otra gente en la comunidad; en otras partes de la ciudad; en el lugar de trabajo; en el lugar de estudio; en los medios de transporte y grado de temor de ser víctima de un acto violento. Aunque la escala podía tomar valores entre 2 y 36, los valores observados variaron entre 9 y 36. La estimación de la confiabilidad de la escala medida por el estadístico de Cronbach fue de 0,88. Para el manejo de esta variable en ciertos análisis estadísticos, se categorizó en tres grupos, a saber: ningún o poco temor (valores de 2 a 22), algo de temor (valores de 23 a 31) y mucho temor (valor 32 a 36).

Actitudes que apoyan la violencia: Esta variable se construyó a partir de los apartados de la sección de actitudes que medían si las personas aprobarían, no aprobarían pero entenderían, o no aprobarían ni entenderían situaciones en las cuales: una persona hiera seriamente a otra persona que le quitó la pareja; mate a alguien que le ha violado una hija; mate a alguien que mantiene en zozobra a la comunidad; o cuando una comunidad hace limpieza social (mata a gente indeseable), o lincha a alguien que la ha mantenido aterrorizada. 0 si está de acuerdo o en desacuerdo con afirmaciones como: una persona tiene derecho a matar para defender a su familia; para defender su casa o propiedad; tener una arma en la casa, hace que sea más segura; portar un arma hace que una persona esté más segura. La escala su-

mativa correspondiente tiene una confiabilidad estimada por el estadístico de Cronbach igual a 0,72, con valores comprendidos entre 11 y 55 denotando desde el no apoyo hasta el máximo apoyo a la violencia respectivamente.

Recolección de los datos

El proceso de recolección de datos se realizó con 44 estudiantes de los últimos años de Sociología de la Universidad Central de Venezuela durante todo el mes de agosto y las tres primeras semanas de septiembre de 1996. El cuerpo de encuestadores recibió un entrenamiento teórico y práctico de aproximadamente 50 horas del personal del Laboratorio de Ciencias Sociales (Lacso). Los encuestadores recibieron el apoyo de 11 supervisores de terreno, también estudiantes universitarios, que reportaban a un coordinador general de campo y a un supervisor de entrevistas en oficina. Toda la fuerza de campo se organizó en once equipos de trabajo conformados por cuatro encuestadores y un supervisor. Conscientes de la importancia de esta parte de la investigación, se crearon las mejores condiciones posibles de remuneración, apoyo logístico, apoyo técnico y organización de las operaciones de campo, para lograr resultados con elevados niveles de excelencia.

La revisión de la calidad del trabajo de los encuestadores se realizó mediante la supervisión directa e indirecta en el terreno y en la oficina durante y después del proceso de recolección.

Los procesos de codificación y transcripción de datos también emplearon personal entrenado y se supervisaron mediante operaciones de control de calidad durante y después de los procesos.

Técnicas de análisis utilizadas

El análisis estadístico empleado en este trabajo incluyó el estudio descriptivo de todos los apartados en forma individual, utilizando porcentajes para los datos ajustados al AMC. Se estimaron las prevalencias de victimización reportada y victimización presenciada para cada uno de los elementos considerados en la definición del constructo respectivo. De forma análoga se es-

timó la prevalencia para los distintos apartados que integraron los constructos de creencia en las instituciones de seguridad, temor y actitudes hacia la violencia. Los cálculos se llevaron a cabo con los datos de la muestra expandidos con los sistemas de pesos descritos en párrafos anteriores.

Para caracterizar la victimización en términos de las variables sociodemográficas sexo, edad, nivel educativo y condición socioeconómica, se elaboraron tablas de doble entrada que se estudiaron mediante un análisis basado en la prueba de asociación para dos variables Chi-cuadrado (Everitt, 1960). Para la identificación de las categorías responsables de la significación estadística, en algunos casos se calcularon razones de ventaja (Odds Ratios) y se tomaron en cuenta los residuos estandarizados que comparaban las frecuencias observadas con las frecuencias esperadas bajo la hipótesis de independencia. En este análisis se emplearon los datos de la muestra sin expansión. El estudio de relaciones de asociación con el empleo de la décima Chi-cuadrado busca establecer si la victimización presenciada y la victimización reportada se presentan con independencia del sexo, edad, nivel educativo y estrato socioeconómico. En principio se espera el rechazo de la hipótesis nula de independencia para algunas de las variables sociodemográficas.

La exploración de relaciones entre las actitudes de apoyo hacia la violencia con la victimización reportada, la victimización presenciada, el temor y la creencia en las instituciones, se cumplió con el uso de técnicas de correlación parcial (Snedecov y Cochran, 1980), para establecer un modelo que pudiera lograr soporte empírico empleando también los datos sin expandir. A tal fin se consideró la variable actitudes de apoyo a la violencia como variable respuesta o dependiente, las variables victimización reportada y victimización presenciada como variables explicativas o independientes y las variables temor y creencia en las instituciones como variables respuesta para la victimización reportada y la presenciada y como variables explicativas para la variable actitudes de apoyo a la violencia. Posteriormente se llevaron a cabo análisis de la varianza de una vía (Miller, 1966) y de la prueba de inferencia simultánea de Duncan para la discriminación entre los distintos grupos responsables de significación estadística en el análisis de la varianza (Cox y Wermuth, 1996).

Víctimas, victimización y reacciones: Resultados

Las conductas violentas en Caracas

La victimización reportada

El 29% de la población del AMC reportó haber sido víctima de actos violentos en los doce meses anteriores a la entrevista. De este 29%, casi la mitad era de violencia leve (13% del total), un 4% reportó haber sido objeto de una victimización moderada (12% del total) y un 14% objeto de una victimización intensa (4% del total) que implicaba haber sido herido con armas blancas o de fuego (ver cuadro 2). Esta victimización varía de acuerdo a ciertas características sociales, tal y como a continuación se describe:

Sexo: Los hombres resultaron ser mayormente víctimas de violencia que las mujeres. Esta asociación resultó estadísticamente significativa ($\chi^2 = 72,56$; $P=0,00000$) para todos los niveles de victimización. El 41,2% de los hombres reportó haber sido victimizado mientras que entre las mujeres sólo un 18,5% declaró haberlo sido. Este efecto se agiganta en la medida que se pasa de la violencia leve a la violencia moderada y de ésta a la intensa (ver cuadro 2).

Educación: Entre los no-victimizados se observa un claro gradiente que disminuye con el aumento del nivel educativo para los tres primeros tramos, es decir, los menos victimizados son los de menor educación. Sin embargo, entre los victimizados leves la situación varía, siendo los más victimizados quienes tenían educación técnica o universitaria. En la victimización moderada e intensa, los sectores que tienen educación primaria, secundaria o técnica resultaron los más victimizados (ver cuadro 2). Estos resultados, sin embargo, no alcanzan en conjunto una magnitud suficiente como para declarar la existencia de una asociación estadísticamente significativa ($\chi^2 = 9,45$; $P=0,40$) entre nivel educativo y victimización reportada.

Edad: En la edad se repite el patrón que se refleja en los homicidios, a medida que es menor la edad es mayor la victimización. Se puede observar una clara diferencia entre el grupo menor y mayor de los 55 años, siendo este último el grupo menos afectado por la victimización en cualquiera de sus distintas intensidades. Los jóvenes no sólo sufren más de la violencia, sino de la violencia más intensa (ver cuadro 2). La asociación es significativa estadísticamente ($\chi^2=37,44$; $P<0,0002$).

Cuadro 2

Prevalencia de la victimización reportada por los residentes del AMC según variables sociodemográficas para la muestra ajustada e intervalos confidenciales del 95% para las prevalencias sin ajustar (en porcentajes)

	n	Total de victimización	Leve	Moderada	Intensa
		(28,90)	(13,20)	(11,70)	(4,00)
Todas	1297	30,10 ± 2,53	16,10 ± 2,04	12,10 ± 1,81	1,90 ± 0,78
Sexo		(41,20)	(14,40)	(18,20)	(8,60)
Masculino	506	40,30 ± 4,37	17,40 ± 3,40	18,20 ± 3,46	4,70 ± 1,94
		(18,50)	(12,30)	(6,20)	(0,00)
Femenino	791	23,60 ± 3,02	15,30 ± 2,57	8,20 ± 1,98	0,10 ± 0,28
Edad					
		(34,30)	(19,70)	(9,90)	(4,70)
18-24 Años	281	40,0 ± 5,91	20,60 ± 4,91	16,40 ± 4,5 1	3,20 ± 2,24
		(28,00)	(9,50)	(16,80)	(1,70)
25-34 Años	322	32,60 ± 5,28	14,60 ± 4,01	15,80 ± 4,14	2,20 ± 1,76
		(31,60)	(8,90)	(18,20)	(4,50)
35-44 Años	320	28,50 ± 5,10	15,30 ± 4,10	11,30 ± 3,63	1,90 ± 1,65
		(31,30)	(18,60)	(3,70)	(9,100)
45-54 Años	189	24,90±6,43	15,90 ± 5,48	7,90 ± 4,11	1,10 ± 1,75
		(11,40)	(9,20)	(2,00)	(0,20)
55 Y Más	185	18,90 ± 5,85	13,50 ±5,19	4,90 ± 3,38	0,50 ± 1,29
Nivel Educativo					
		(25,20)	(5,70)	(19,40)	(0, 10)
Ninguna o Primaria Incompleta	92	21,80 ± 8,98	10,90 ±6,91	9,80± 6,62	1,10 ± 2,67
		(29,70)	(11,60)	(11,00)	(7,10)
Primaria completa o secundaria incompleta	399	26,80 ± 4,47	14,00 ± 3,53	11,00 ± 3,20	1,80 ±1,43
		(32,10)	(15,60)	(12,30)	(4,20)
Secundaria Completa o Técnica	433	32,30 ± 4,52	1 6,90 ± 3,65	12,90 ± 3,54	2,50 ± 1,59
		(26,30)	(16,20)	(9,20)	(0-90)
Universitaria	373	33,30 ± 4,92	18,80 ± 4,10	112,90 ± 3,54	1,60 ± 1,41
Condición Socioeconómica					
		(30,90)	(12,70)	(13,20)	(5,00)
Bajo	953	23,40 ± 2,74	16,70 ± 2,42	6,70 ± 1,64	0,00 ± 0,05
		(21,80)	(14,50)	(6,90)	(0,40)
Medio	314	24,50 ± 4,92	14,00 ± 4,00	9,90 ± 3,46	0,60 ± 1,01
		(30,40)	(26,40)	(4,00)	(0,00)
Alto	30	32,20 ± 18,39	16,80 ±15,05	13,00 ± 13,70	2,40 ± 7,14

Clase social: Aun cuando la asociación estadística entre clase social y victimización no alcanza la fuerza de la relación del caso anterior ($\chi^2 = 10,47$; $P = 0,106$), se presentan diferencias de la victimización en las clases sociales que demandan atención. El porcentaje de quienes nunca fueron víctimas es mayor en las clases alta y pobre en comparación con la clase media. Pero este comportamiento se perfila de otra forma y adquiere un cariz dramático cuando se observa a las personas que fueron objeto de victimización moderada o intensa: esta última afectó casi exclusivamente a los pobres y la violencia moderada tuvo en esta clase una magnitud que dobó el nivel alcanzado en la clase alta.

La victimización presenciada

Los resultados revelan que el 49% de la población del AMC había presenciado algún tipo de acto violento en los últimos doce meses. De este porcentaje el 48% de los sujetos presenció actos de victimización leve (24% del total), el 47% había sido testigo de la violencia que hemos denominado moderada (23% del total), y por último un 5% que ha sufrido la violencia intensa (2,5% del total), expresada en la pérdida de por lo menos un pariente cercano por homicidio (cuadro 3).

Sexo: Los datos indican que existe una asociación estadística entre el sexo y la visión de actos de victimización ($\chi^2 = 15,45$; $P < 0,0002$). Podemos afirmar que las mujeres son menos afectadas por la violencia presenciada que los hombres. En particular el 45% de ellas había presenciado actos de victimización, a diferencia del 54% de los hombres (ver cuadro 3). Esta diferencia se incrementa a medida que aumenta el tenor de la violencia presenciada a excepción de la categoría intensa. A este respecto es importante señalar que en las celdas correspondientes a las categorías leve y moderada, los residuos estandarizados son los que más activamente participan para el rechazo de la hipótesis nula. Estos resultados podrían explicarse en parte considerando que los más victimizados son los hombres y en consecuencia las mujeres tienden a padecer la pérdida de sus familiares.

Educación: El nivel educativo no aparece relacionado estadísticamente con haber presenciado actos de victimización ($\chi^2 = 12,34$; $P = 0,195$),

aun cuando la observación de victimización intensa crece sostenidamente con el nivel educativo y decrece para la victimización moderada. Este patrón no se manifiesta con igual claridad para la violencia leve.

Edad: En relación con la edad, de nuevo volvemos a obtener una asociación estadística intensa con la victimización presenciada ($\chi^2 = 56,65$; $P < 0,000001$). A medida que aumenta la edad, disminuye el hecho de haber presenciado actos violentos. Los más jóvenes (18-24 años) no sólo son los más victimizados, también son los que más la presencian. En oposición, el grupo de personas con 55 años o más son los que menos presenciaron actos de victimización (cuadro 3). Posiblemente este hecho ocurra por la mayor exposición al riesgo de los más jóvenes. Este patrón de comportamiento se manifiesta para los tres grupos de presencia de victimización, pero con una mayor fuerza para el último grupo. Allí la razón de ventajas es de 22 a 1 a favor de los más jóvenes, mientras que en los dos grupos restantes es de 1,71 y 2,28 respectivamente, 2 a 1 aproximadamente.

Clase social: Globalmente la presencia de victimización parece decrecer con el ascenso de la clase social. Para la victimización intensa el patrón de comportamiento es el opuesto. La clase media presencia más victimización leve que las restantes y para la victimización moderada es la clase pobre quien más la presencia

Estadísticamente tampoco podemos declarar que existe una asociación significativa fuerte entre clase social medida por la condición socioeconómica y la victimización presenciada ($\chi^2 = 10,42$; $P < 0,108$). El grupo que denominamos clase media es el que presenta un comportamiento más alejado del modelo de independencia; así, este grupo observó menos actos de victimización moderada que los esperados, pero también presenció más actos de victimización intensa que los esperados bajo el modelo de independencia (cuadro 3).

Cuadro 3

Prevalencia de la victimización reportada por los residentes del AMC según variables sociodemográficas para la muestra ajustada e intervalos confidenciales del 95% para las prevalencias sin ajustar (en porcentajes)

	n	Total de victimización	Leve	Moderada	Intensa
Todas	1297	(49,20)	(23,70)	(23,00)	(2,50)
		45,50 ± 2,75	21,60 ± 2,80	21,40 ± 2,27	2,50 ± 0,89
Sexo					
Masculino	506	(53,80)	(25,80)	(26,40)	(1,60)
		50,60 ± 4,46	22,50 ± 3,74	26,30 ± 3,94	1,80 ± 1,26
Femenino	791	(45,40)	(21,90)	(20,20)	(3,30)
		42,10 ± 3,50	21,00 ± 2,90	18,20 ± 2,75	2,90 ± 1,23
Edad					
18-24 Años	281	(57,60)	(29,80)	(23,30)	(4,50)
		61,60 ± 5,86	28,50 ± 5,46	28,80 ± 5,47	4,30 ± 2,55
25-34 Años	322	(48,00)	(21,90)	(22,40)	(3,70)
		45,40 ± 5,59	23,00 ± 4,75	20,20 ± 4,54	2,20 ± 1,76
35-44 Años	320	(54,20)	(20,60)	(32,50)	(1,10)
		44,40 ± 5,60	19,40 ± 4,49	22,50 ± 4,73	2,50 ± 1,87
45-54 Años	189	(45,80)	(26,10)	(18,50)	(1,20)
		39,70 ± 7,24	19,60 ± 5,92	18,00 ± 5,74	2,10 ± 2,31
55 Y Más	185	(27,80)	(17,40)	(10,20)	(0,20)
		28,60 ± 6,78	14,60 ± 5,36	13,50 ± 5,19	0,50 ± 1,29
Nivel Educativo					
Ninguna o Primaria incompleta	92	(56,20)	(27,20)	(28,70)	(0,30)
		36,90 ± 10,40	13,00 ± 7,42	22,80 ± 9,12	1,10 ± 2,67
Primaria Completa o Técnica	399	(48,10)	(21,70)	(23,50)	(2,90)
		42,90 ± 4,98	18,30 ± 3,92	21,60 ± 4,16	3,00 ± 1,80
Secundaria completa o Técnica	433	(51,70)	(25,80)	(23,40)	(2,50)
		48,70 ± 4,82	24,70 ± 4,18	21,90 ± 4,01	2,10 ± 1,47
Universitaria	373	(45,70)	(22,90)	(19,80)	(3,00)
		46,40 ± 5,20	23,60 ± 4,44	20,10 ± 4,20	2,70 ± 1,78
Condición Socioeconómica					
Bajo	953	(49,40)	(22,30)	(25,20)	(1,90)
		43,30 ± 3,20	16,70 ± 2,42	23,30 ± 2,74	3,30 ± 1,19
Medio	314	(48,60)	(28,60)	(4,40)	(0,40)
		45,20 ± 5,66	24,20 ± 4,90	16,60 ± 4,30	4,10 ± 2,35
Alto	30	(45,50)	(22,50)	(13,80)	(9,20)
		45,60 ± 19,49	20,90 ± 16,22	22,80 ± 16,68	1,90 ± 6,55

La poca creencia en las instituciones de seguridad

Opiniones sobre la policía, penitenciarias y juzgados

La opinión de los habitantes de AMC de Caracas sobre la eficiencia de las instituciones que sirven a su comunidad en materia judicial revela que el 51% de la población del AMC considera regular la eficiencia de la policía, el 30% piensa que es muy mala y mala y el 9%, por el contrario, que es muy buena o buena.

La institución cuya gestión mejor aprueba la población por calificar su actuación como buena y muy buena es la Guardia Nacional (44%). El Sistema Penitenciario (prisiones) es evaluado por el 91 % de la población como muy malo y malo, así como los Juzgados (jueces), los cuales son calificados por el 51 % de los habitantes de Caracas de la misma forma. La Fiscalía, por su parte, es calificada de acuerdo con su actuación como regular por el 55% de la población residente en la ciudad.

Temor

Sentimiento de temor

En cuanto al sentimiento de temor que tiene la población del AMC en su casa o apartamento, el 37% dijo sentir mucho temor, el 33% algún temor y el 29% dijo no sentir temor alguno. Se observa cierta diferencia en cuanto a los niveles de temor que siente la población si se encuentra dentro o fuera de su comunidad, o si es de noche o de día. Los porcentajes de mucho temor dentro de la comunidad cuando es de noche son mayores según se encuentre la persona sola o acompañada (55% y 41% respectivamente); de día el sentimiento de temor en la comunidad es relativamente menor, esto es, algo (41 %) y mucho (33%). Vale destacar que los lugares donde la población siente más temor es fuera de su comunidad y en los medios de transporte, cuyos porcentajes alcanzan el 66% y 61 % respectivamente. En su lugar de estudio sienten algo de temor el 40% de los estudiantes, y el si-

tio que aparentemente inspira menos temor es el lugar de trabajo, dado que el 45% expresó no sentir temor. Al ser interrogados directamente, el 43% de la población de Caracas manifestó que siente mucho temor de ser víctima de un acto violento, el 47% siente algo de temor y el 8% ningún temor.

Las actitudes hacia la violencia

Las actitudes de venganza familiar

Con relación a las actitudes que muestran violencia se les ofreció a los entrevistados que dijeran si aprobarían tal comportamiento, si no lo aprobarían, pero lo entenderían - es decir, una suerte de perdón por comprender los orígenes de tal acción -, o, finalmente, si no lo aprobaría ni tampoco lo entendería - es decir, un rechazo a esta respuesta violenta. En Caracas, el 4% aprobaría que a alguien hiera a quien le ha quitado la esposa y un 58% no lo aprobaría pero si lo entendería. Estos porcentajes son inferiores a los encontrados en Bahía, donde fue tres veces superior (12,7%) y de Río de Janeiro (7%) y Santiago de Chile (7%).

Cuando se trata de matar a alguien que le ha violado la hija a una persona, la mitad de la población (48%) lo aprobaría, y el 42% no lo aprobaría pero lo entendería. Este porcentaje es inferior al de Bahía (58%) y de Santiago de Chile (54%), pero las diferencias son menores al caso anterior.

Las actitudes de venganza social

En cuanto al apoyo de acciones violentas en contra de personas que mantienen en zozobra a la comunidad, se encontró que el 33% lo aprobaría y el 55% no lo aprobaría pero lo entendería. Este porcentaje es similar al de Bahía, estando el resto de ciudades por debajo de esta cifra. Con relación a las limpiezas sociales, Caracas obtuvo el más alto porcentaje, pues es apoyado por el 20,5% de la población, mientras que el 53% no lo aprobaría, pero lo entendería; Bahía y San Salvador le siguen en los niveles de aprobación pero con un porcentaje del 16%.

Las actitudes sobre el derecho a matar

En cuanto a la actitud de las personas sobre el derecho que alguien tiene de matar para defender a su familia, en Caracas se encontró el mayor nivel de aprobación: un 70% se mostró de acuerdo con esta afirmación, diez puntos por encima de las ciudades que le seguían en el nivel de aprobación. Con relación a la afirmación de si la persona tiene derecho de matar para defender la propiedad, la brecha entre Caracas y el resto de ciudades se hace aún más grande; Caracas tiene un nivel de aprobación del 60%, Santiago de Chile un 49% y las demás alrededor del 40%.

Las actitudes sobre el porte de armas

Los datos indican que el 26% de los habitantes del AMC están muy y algo en acuerdo con el hecho de que tener un arma en casa la hace más segura, y un 23% piensa que una persona está más segura por portar un arma. Es interesante destacar que estos porcentajes de aprobación en Caracas son inferiores a los que se encontraron en San José de Costa Rica y en Santiago de Chile, ciudades donde hay menos violencia. En cambio los porcentajes de Caracas son superiores a los de Cali, ciudad que ha vivido una violencia mayor a la de Caracas.

Relación entre el apoyo a las acciones violentas y las escalas de temor, creencia en las instituciones, victimización reportada y victimización presenciada

Para poder probar nuestra hipótesis de trabajo —que las actitudes violentas que muestra la población de Caracas se relacionan con la victimización sufrida por la población, los temores que se han desarrollado como producto de la victimización vivida o presenciada y la poca creencia en la eficacia de las instituciones de policía y justicia—, llevamos a cabo un análisis de correlación parcial entre las variables y posteriormente utilizamos el análisis de la varianza y la décima de Duncan, cuyos resultados se reportan bajo el título de asociaciones estudiadas.

Los resultados del análisis de las posibles dependencias multivariantes entre las variables apoyo a las acciones violentas (A), temor (T), creencia en las instituciones (C), victimización reportada (R) y victimización presenciada (P) se resumen en el gráfico 1.

Los segmentos, dirigidos y no dirigidos, que conectan dos variables, indican la existencia de una correlación parcial estadísticamente distinta de cero ($P < 0,05$) entre esas variables, condicionada sobre las variables restantes. En el análisis consideramos la variable A como únicamente respuesta, las variables R y P como únicamente explicativas y las variables T y C como variables intermedias; esto es, como variables respuestas para R y P y como variables explicativas para A.

La variable apoyo a las acciones violentas depende de la victimización reportada y de la victimización presenciada, pero no del temor y de la creencia en las instituciones. Los coeficientes de correlación para esta relación apuntan a una dependencia más intensa para P ($r_{AP.TCR} = 0,122$; $P = 0,000$) que para R ($r_{AR.TCP} = 0,058$; $P = 0,035$). En forma análoga la variable temor depende de la victimización presenciada ($r_{TP.ACR} = 0,096$; $P = 0,001$) y de la victimización reportada ($r_{TR.ACP} = 0,065$; $P = 0,019$), pero la creencia en las instituciones es independiente de la victimización. En el gráfico se representan también las relaciones no dirigidas entre temor y creencia y entre la victimización reportada y la victimización presenciada.

El Análisis de la Varianza (ver cuadro 4) complementa los resultados obtenidos mediante el análisis de las correlaciones parciales y proporciona resultados que en términos generales coinciden con los que acabamos de presentar y que se detallan a continuación.

Relación entre victimización sufrida y temor

Los resultados muestran que el temor que tiene la población varía de acuerdo a las experiencias de victimización que la persona ha tenido. La prueba de Duncan nos muestra la existencia de dos grupos claramente diferenciados: en el primer grupo están quienes muestran menos temor y son quienes nunca han tenido una experiencia de violencia; por otro lado están quienes tienen un mayor temor y se corresponden con quienes reportaron haber sido victimizados (ver cuadro 4), aun cuando entre los victimizados se presentan algu-

Cuadro 4**Resultados del análisis de la varianza y del procedimiento de inferencia simultánea de Duncan para las variables dependientes: Temor, Creencia en las Instituciones y Apoyo a las Acciones Violentas**

a) Grupos de categorías de Victimización Reportada equivalentes según el procedimiento de Duncan ($\alpha=0.05$) y valores del estadístico F del análisis de la varianza de una vía y del valor p correspondiente

Variable Dependiente	Victimización reportada				F	P
	ninguna	leve	moderada	intensa		
Temor	grupo 1	grupo 2			12.7060	<0.0001
Creencia en las instituciones	grupo 2	grupo 1	grupos 1/2*		4.7552	0.0027
Apoyo a las acciones violentas	grupo 1	grupo 2			10.3331	<0,0001*

Nota: La categoría INTENSA forma parte de ambos grupos

b) Grupos de categorías de Victimización Presenciada equivalentes según el procedimiento de Duncan ($\alpha=0.05$) y valores del estadístico F del análisis de la varianza de una vía y del valor p correspondiente

Variable Dependiente	Victimización reportada				F	P
	ninguna	leve	moderada	intensa		
Temor	grupo 1	grupo 2			10.9530	<0.0001
Creencia en las Instituciones	grupo 2/1**	grupo 1			3.9278	0.0084
Apoyo a las acciones Violentas	grupo 1	grupo 2			8.7246	<0,0001*

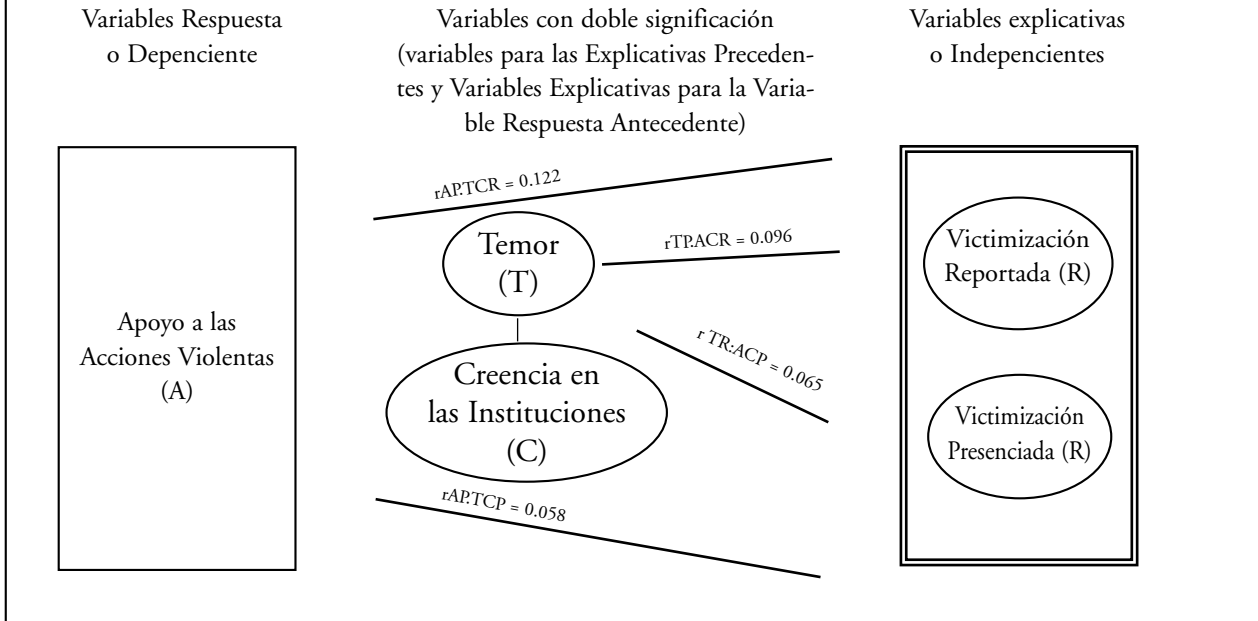
NOTAS

* La categoría intensa forma parte de ambos grupos

** La categoría Ninguna constituye por sí sola el grupo 2, pero también forma parte del grupo 1

Gráfico 1

Dependencias multivariantes entre las variables Apoyo a las Acciones Violentas, temor, creencia en las instituciones, victimización reportada y victimización presenciada



nas diferencias en su temor promedio. En conclusión, estos grupos no resultan estadísticamente distintos, siendo la única distinción importante la que existe entre quienes dijeron haber sido víctimas solo alguna o ninguna vez.

Relación entre victimización presenciada y temor

La relación no es tan clara cuando se trata de la violencia presenciada, pues en este caso pueden darse dos lecturas de los grupos, en una se diferencia entre quienes han sido victimizados y quienes no, pero en otra lectura aparecen juntos quienes nunca han sido victimizados y quienes lo fueron de una manera muy intensa por una parte y por la otra quienes han sido leve o moderadamente victimizados. Es posible pensar que la alta victimización puede llevar en algunos casos a un descenso del temor, pues son personas que viven en un ambiente de violencia, donde ésta se vuelve cotidiana o parte del modo de vida de los individuos; sin embargo, esto tampoco es claro al revisar los resultados.

Relación entre victimización reportada y creencia en las instituciones

La victimización sufrida se relaciona con la creencia en la eficacia de las instituciones y en una lectura es posible diferenciar dos grupos: por una parte a quienes nunca fueron víctimas o lo fueron levemente y creen más en la eficacia de las instituciones, y por otra parte, quienes fueron victimizados moderada o intensamente y creen menos en la eficacia de las instituciones. En otra lectura la situación es algo más confusa, porque aparecen asociados los que han sufrido victimización intensa con quienes la han sufrido levemente o no han sido víctimas, dejando aislados a quienes sufrieron violencia moderada.

Relación entre victimización presenciada y creencia en las instituciones

En este caso también se presentan dos lecturas posibles de los resultados. Por un lado los cuatro grupos de victimización presenciada no se diferencian entre sí en cuanto a creencia en las instituciones. Por otro lado se conforman

dos grupos: uno de ellos integrado por los individuos que han presenciado por lo menos algún nivel de victimización y que presentan el promedio más bajo de creencia en las instituciones, y el otro grupo conformado por aquellos que nunca presenciaron victimización, con un promedio más elevado de creencia en las instituciones.

Relación entre victimización vivida y presenciada y actitudes violentas

Los resultados entre la victimización presenciada y vivida y las actitudes violentas fueron estadísticamente significativos y muy similares entre sí. En ambos casos es posible establecer dos grupos claramente diferenciados. El grupo que reporta haber sufrido una victimización moderada o intensa es quien muestra más apoyo hacia las actitudes violentas y, por el contrario, quienes reportaron no haber sido víctimas o haber sufrido la violencia levemente mostraron menos apoyo a las acciones violentas como respuesta a la violencia.

Discusión y conclusiones

Es sorprendente que el 30% de los habitantes de Caracas hayan sido víctimas de algún acto violento en un periodo de un año. Esto es, uno de cada tres caraqueños. Esta cifra es muy superior a la reportada oficialmente (Pérez Perdomo, Malpica y González, 1997) y muestra el subregistro existente derivado de la poca denuncia que hace la población pues, como se observa en los resultados presentados, no tiene confianza en la eficacia de las instituciones policiales para detener el crimen, ni tampoco en las judiciales para castigarlo.

La violencia en Caracas es claramente un asunto de hombres, tanto entre quienes la sufren como en quienes la infringen. Los hombres no sólo sufren más cualquier violencia, sino que en la medida que ésta se hace más intensa la padecen en mayor grado. Hay aquí unos factores sociales y culturales muy importantes (Jefferson, 1996). El hombre tiende a tener una mayor exposición al riesgo, pues está más tiempo en la calle y permanece hasta horas más avanzadas de la noche fuera de la casa, lo cual, por razones sociales

de otra índole distintas al resguardo de la violencia, se le restringe a la mujer. Pero, además, culturalmente no le está permitida una conducta de evitación del riesgo, considerada propiamente femenina y que por lo tanto no puede adoptar (Nisbett y Cohen, 1996). Por otra parte, los hombres son también quienes ejecutan la violencia y en consecuencia están más expuestos a sufrirla y a presenciirla, pues están en un medio violento que ellos generan y a la vez los hace víctimas.

Es también un problema de jóvenes y las razones son muy similares a lo que ocurre con el sexo. Los jóvenes sufren más la violencia, sobre todo la más intensa. En este caso los determinantes culturales que se aplican a los hombres se repiten con los jóvenes; salen más fuera de casa, están hasta más tarde en la calle y no pueden adoptar una conducta de evitación, que sería más propia de los "mayores". En Caracas hay un 23% de jóvenes entre 15 y 18 años que no trabajan ni estudian, debido a que la mayor deserción escolar ocurre al pasar al séptimo u octavo grado, es decir, entre los 13 y 15 años (UCAB, 1994). Estos jóvenes, que permanecen fuera del sistema escolar y no logran conseguir empleo por su bajo nivel de calificación, son los más proclives a involucrarse en actos violentos o a ser víctimas de la violencia.

La educación, sin embargo, no resultó en sí misma significativa para diferenciar la victimización, y nos parece que los resultados muestran las diferencias que se han dado en el sistema educativo en estos últimos cuarenta años en Venezuela y responde en gran medida al factor edad. Es decir, los que tienen menos educación son los que tienen mayor edad, pues no lograron recibir el esfuerzo educativo del país, inclusive los analfabetos están en el grupo de mayor edad; en cambio los jóvenes han recibido algún grado de educación, aun cuando abandonen el sistema en el séptimo grado. Al cruzarse con la edad la variable educación pierde entonces significación en su conjunto.

Esta situación de violencia conduce al notable sentimiento de temor que los resultados de la encuesta de Caracas muestran, en la cual el 43% de la población dice sentir mucho temor de ser víctima de un acto violento. En Caracas las distintas pruebas estadísticas señalan que el temor está fundado en la victimización, es decir, que las víctimas tienden a mostrar más temor que quienes nunca fueron victimizados. Estudios anteriores mostraban que en otras ciudades del país el temor era infundado, pues no existía una victi-

mización correspondiente con ese nivel de miedo (Navarro y Pérez Perdomo, 1991); pero ese no es el caso de Caracas, donde sí existe correspondencia, discriminada entre quienes han sufrido la violencia y quienes no.

La creencia en las instituciones no está asociada con la violencia sufrida o presenciada, pareciera que el descrédito institucional es tan grande que no se precisa haber sido víctima para considerarlas malas. Al no encontrar asociaciones con otras variables, concluimos que ésta es la explicación más plausible, si tomamos en cuenta que un 90% de la población considera que las penitenciarías son malas o muy malas. El desprestigio de las policías y el sistema judicial no es sólo producto de las experiencias personales sino un efecto de la crítica sostenida por los líderes de la sociedad y por los medios de comunicación a lo largo de los años (Ugalde, 1990), así como por los eventos que, en el caso de los motines en las prisiones o, inclusive, en el de los procesos de depuración de la policía (cuando se han expulsado o encarcelado a corruptos y criminales existentes en los propios organismos policiales), simplemente confirman esta imagen negativa generalizada.

Entre tanto, las actitudes de apoyo a las respuestas violentas contra la violencia se asocian con las experiencias de victimización de las personas. Una explicación posible a esto es que quienes han sufrido la violencia quieren una satisfacción, exigen un castigo, y como no tienen confianza en las instituciones policiales o de justicia, entonces demandan y apoyan respuestas violentas, favorecen una suerte de venganza social. Una venganza social que el Estado de Derecho tiende a evitar al sustraer la violencia de la sociedad y transferirla a una entidad abstracta como la ley y el sistema de punición institucional.

Estas actitudes de apoyo a las acciones violentas pueden resultar tan peligrosas como la violencia que las origina. Sabemos que las actitudes orientan el comportamiento, y unas actitudes que apoyan las respuestas violentas pueden convertirse en propiciatorias de mayor violencia, de la misma violencia que quisieran evitar.